

Deseos de ser...

Hay pocas cosas que le levanten a uno más el ánimo que un paseo por la sala de maternidad de un hospital. Las sufridoras caras de las mamás, las sonrisas cómplices de los papás, y, cómo no, abuelos, tíos y amigos repartiendo enhorabuenas y estrujones. Desde luego, si afinamos un poco el oído, logramos descifrar expresiones del tipo: “Qué ricura, tiene la frente de la abuela”, “qué boquita, igualita que la del papá”, “sin duda, sus ojos son como los de la madre”, etc, etc.

Comparaciones. Desde que nacemos estamos expuestos a las más variadas semejanzas con todo y con todos los que nos rodean. Andamos dos meses antes que el primo, hablamos tres meses después que la vecina del tercero, y quedamos penúltimos en el campeonato de atletismo del colegio...

Educación desde la semejanza o la diferencia está enraizado en el proceso evolutivo que día a día cristaliza en nuestro modo de ser. Desde la cuna, la personalidad se va construyendo a la par que las expectativas de nuestro entorno. Con otras palabras, de un modo u otro el educar desde la comparación está relacionado con los anhelos que se han depositado en cada uno de nosotros. Convivimos con el llegar a ser y pocas veces se reflexiona sobre cómo, en concreto los padres y seres más queridos, gestionan esas creencias.

Se sabe, las investigaciones así lo manifiestan, que existe un alto grado de correlación entre las expectativas de los padres y las de los hijos. Quiere esto decir que cuanto mayores son las expectativas depositadas mayores son las de los hijos. Sin embargo, siempre existe un pero, y en este caso también. La advertencia viene dada porque en muchas ocasiones estos deseos de los padres, por exceso o por defecto, pueden provocar contraindicaciones. Ocurre con frecuencia que estas expectativas no cumplen una norma básica: Deben ser igual de deseadas y negociadas que flexibles.

Deseadas y negociadas por ambas partes, porque en el querer radica la motivación, clave en cuanto al esfuerzo de poder alcanzar esas metas. Las expectativas son alimentadas por múltiples tomas de decisiones que deben partir, todo lo bien asesorado que se pueda, del niño/a o del chico/a. En esta toma de decisiones el elemento pivotal será el “juego” comunicativo entre padres e hijos, un continuo dar y recibir. De igual modo otra cualidad que deben tener las expectativas es su carácter flexible, garantizando la continua retroalimentación y adaptación a las circunstancias cambiantes.

Si no aceptamos modificaciones a las creencias depositadas estaremos nutriendo expectativas de cartón piedra, artificiales.

No se trata ni de la doctrina de la resignación ni de establecer armisticios con los hijos. Hay que comprobar que las intenciones son las apropiadas, orientar en el camino y permitir que cada uno se acurruque en su propio jergón. ■